

DESTRUCCIONES ANTIGUAS EN EL MUNDO IBERICO Y MEDITERRANEO OCCIDENTAL

ANTONIO BLANCO FREIJEIRO

Hace tiempo que se viene observando en casi todos los yacimientos ibéricos importantes la destrucción de esculturas y monumentos producida con aparente intención y algunas veces con verdadera saña. El fenómeno se ponía de manifiesto en el santuario más antiguo de El Cigarralejo; en La Alcudia de Elche (ahora también en el parque de Elche ciudad), donde la Dama de Elche se salvó por hallarse protegida y tal vez oculta por una hornacina; en la necrópolis de Pozo Moro, en la de La Guardia de Jaén y en otros muchos poblados y necrópolis.

No sólo es corriente que las estatuas ibéricas aparezcan mutiladas y destrozadas, como si hubieran sido objeto de una deliberada destrucción, sino también que su estado indique que aquélla se produjo a poco de hechas y expuestas en el lugar a que estaban destinadas. Ocurre con frecuencia también que los fragmentos recuperados aparecen reutilizados en monumentos de los mismos iberos como materiales de construcción.

En busca de un león ibérico *in situ*, R. del Nido y yo, en 1959, acudimos a un lugar donde habían aparecido años atrás fragmentos de unos cuantos, y con tal motivo excavamos buena parte de la que desde entonces se conoce como necrópolis ibérica de La Guardia de Jaén (1). Encontramos muchas tumbas enteras de los siglos IV y III a. C., pero ningún león relacionado originariamente con ellas, sino todos anteriores. Uno de los fragmentos, constituido por los dos brazos de un león, estaba en el fondo de una cámara sepulcral del siglo III, sirviendo de calzo (2), prueba irrefutable de su pertenencia a otro monumento anterior.

Los cartagineses han solido cargar con las culpas de estos desmanes, unas veces porque las circunstancias cronológicas e históricas (en la medida en que éstas pueden señalarse con rigor y precisión) abonan la atribución a los mismos; otras, tal vez por el peso que en la memoria del historiador y del arqueólogo tiene la segunda parte de la famosa semblanza del carácter de Aníbal debida a la pluma de Tito Livio, a saber: «Estas admirables cualidades del hombre estaban contrarrestadas

(1) Cf. *Boletín del Inst. de Estudios Giennenses*, n.º XXII, págs. 17 y ss.

(2) Blanco, A., en *AEspA* XXXIII (1960), pág. 16, figs. 40-42.

por sus monstruosos defectos: la inhumana crueldad, la perfidia más que púnica, el desprecio a la verdad y a la santidad, la falta de temor a los dioses, de respeto a los juramentos, de sentimiento religioso (3).

Es de suponer que la traición del rey Orisón y la consiguiente huida y muerte de Amílcar durante el asedio a Hélice (Elche) ocasione unas tremendas represalias en el Sudeste ibérico y en la Alta Andalucía, si Orisón era, como se presume por el aspecto de su nombre, rey de los oretanos. La fecha del suceso —años 229-228 a. C.— se aviene a la primera destrucción de la ciudad de Elche y a los cambios que su arqueología experimenta por entonces, entre ellos el del cese de la actividad de los escultores, propia del período inmediatamente anterior.

Algo más difícil de precisar es la fecha de la primera destrucción del santuario de El Cigarralejo y de su precioso retablo de caballitos de piedra. Con la debida cautela, sin embargo, su descubridor, la fechaba en la segunda mitad del siglo III a. C. atribuyéndola a las «guerras hannibálicas» (4).

Pero si estas y otras destrucciones son asignables a los Bárquidas, no todas encajan en el estrecho marco cronológico de sus actividades en la Península (años 237-206 a. C. en total), ni todas son imputables a los cartagineses. Esto último lo pone de relieve de manera flagrante el conjunto escultórico de Porcuna, destruido ya y sepultado alrededor del año 400 a. C. o poco más tarde, fecha en la que Cartago, como venía haciendo desde por lo menos el 410 (Diod. XIII, 45), se limita a enviar a una «Europa», identificable o reducible a Hispania, una delegación de senadores «portadores de mucho dinero para reclutar mercenarios» (Diod. XIV, 47), con vistas a su confrontación con Dionisio el Viejo de Siracusa.

La fecha del enterramiento de las estatuas alrededor del año 400 a. C. resulta clara ante los datos de la excavación, y lo mismo el hecho de que las piezas no estaban instaladas originariamente en el lugar en donde han aparecido, sino que fueron llevadas a éste para enterrarlas aquí, «igual que si de muertos se tratara», dicen literamente los excavadores (5).

La dificultad de hacer responsables a los cartagineses del destrozo de las estatuas de Porcuna, sobre todo si éstas fueron inhumadas a poco de su destrucción, ha quedado ya señalada líneas atrás. También se percatan de ella los doctores J. M. Blázquez y J. G. Navarrete, quienes atribuyen la destrucción a una de las incursiones de celtíberos o lusitanos en el valle del Guadalquivir (6). De lo exhaustiva y sañuda que fue la operación de pruebas el fraccionamiento de las piezas, y el hecho de que entre tantas figuras humanas, sólo haya sobrevivido entera la cabeza de una, y muy poco de todas las demás. Los animales —el toro, los grifos, los caballos— han tenido más fortuna en este sentido, aunque muchos de ellos hayan

(3) Liv. XXI, 4, 9: *Has tantas viri virtutes ingentia vitia aequabant: inhumana crudelitas perfidia plus quam Punica, nihil veri nihil sancti, nullus deum metus nullum iusiurandum nulla religio.*

(4) Cuadrado, E.: *Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Inform. y Mem. de la CGEA, n.º 21, Madrid, 1950, pág. 165.

(5) Navarrete, J. G.; Arteaga, O., en *Noticario Arqueológico Hispánico*, 10, 1980, págs. 198-200.

(6) Blázquez, J. M.; Navarrete, J. G.: «The Phokaiian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *American Journal of Archaeology* 89 (1985), pág. 69.

corrido la misma suerte que las figuras humanas. El hecho de que uno de los animales triturados haya sido la serpiente encaramada al hombro de una figura femenina, como se advierte mirada ésta de lado o de espalda (7), sugiere la presencia de supersticiosos enemigos del reptil, como lo son aún hoy muchos andaluces, y ello podría dar un argumento más para dejar fuera del juego de las posibilidades a los cartagineses.

Polibio, Estrabón, Diodoro y cuantos han tratado en sus escritos acerca de la Península, poco o nada dicen en concreto que pudiera iluminar estos restos. La campaña de ocho o nueve años de Amílcar en España está resumida en pocas líneas y reducida a lo esencial de su resultado último. En Diodoro, en cambio, se pueden encontrar situaciones análogas en que los mercenarios ibéricos se vieron mezclados en Sicilia, y que no cabe por menos de suponer que en la Península se hayan repetido más de una vez, sea por obra de griegos, de cartagineses o de los propios indígenas.

En el año 406 a. C. el ejército cartaginés, en el que forma gran número de mercenarios hispánicos reclutados en Iberia por el propio Aníbal, hijo de Giscón (por tanto, muy anterior al famoso Aníbal, hijo de Amílcar Barca), cerca y asalta la ciudad de Agrigento. La destrucción de las necrópolis era un suceso corriente por hallarse éstas situadas en las afueras de las ciudades y pueblos, y prestarse a facilitar materiales de construcción al enemigo que asediase la plaza en cuestión. Parece evidente que aquí no se ensaña el sitiador con los sitiados.

«Los ayudantes de Aníbal, deseosos de atacar por el mayor número posible de sitios, ordenaron a los soldados demoler los mausoleos y las tumbas y construir terraplenes hasta los muros. Pero cuando éstas obras se habían realizado gracias al concurso de muchas manos, un profundo y supersticioso temor se apoderó del ejército, pues ocurrió que la tumba de Therón, que era extraordinariamente grande, fue alcanzada por la caída de un rayo, y a continuación, cuando ya la desmontaban, ciertos adivinos presagiaron lo que podía ocurrir y prohibieron hacerlo. Una plaga se abatió en seguida sobre el ejército; muchos murieron de ella y no pocos sufrieron tormentos y penosas aflicciones. Entre los muertos se contó a Aníbal, el general, y entre los centinelas que se pusieron, algunos hicieron saber que durante la noche se veían los espíritus de los muertos. Himílcar, en vista de cómo la multitud estaba aquejada de supersticioso temor, dio orden de poner fin a la destrucción de los monumentos, y después imploró a los dioses, a la manera de su pueblo, sacrificando un joven a Kronos (= Moloch) y un rebaño de bueyes a Poseidón, ahogándolos en el mar. Con todo no descuidó las obras de asedio, sino que rellenando el cauce del río que discurría junto a la ciudad hasta los muros de ésta, arrió a ellos las máquinas de asedio y los atacaba diariamente» (8).

Agrigento no tardó en caer en poder de Himílcar, sucesor de Aníbal en el mando, quien procedió con la dureza acostumbrada en esta guerra y se apoderó del copioso botín que encerraba la hasta entonces ciudad más rica del mundo griego de Oc-

(7) La vista frontal en Blázquez y Navarrete: *op. cit.*, fig. 13.

(8) Diod. XIII, 86.

cidente. De las muchas obras de arte conquistadas, las mejores pinturas y esculturas fueron enviadas a Cartago. He aquí el relato del mismo historiador y obsérvese que no habla de destrucción vandálica de monumentos, sino únicamente de pillaje:

«Himílcar franqueó las puertas al amanecer al frente de su ejército, dio muerte a casi todos los que habían permanecido en la ciudad. Incluso a aquéllos que habían buscado asilo en los templos, los cartagineses los sacaron a rastras y los mataron. Y se cuenta que Telias, el ciudadano más distinguido por su riqueza y su caballería, sufrió el mismo destino que su patria: refugiado con otros en el templo de Atenea, en la creencia de que los cartagineses se abstendrían de ofender a los dioses, cuando se percató de la impiedad de los asaltantes, prendió fuego al templo y ardió con él y con los exvotos... Pero Himílcar, después de arrasarlo y despojar sistemáticamente los templos y las viviendas, reunió todo el botín que cabía esperar de una ciudad que había estado habitada por doscientas mil personas, que había permanecido intacta desde la época de su fundación y sido una de las ciudades griegas más opulentas de su época, y cuyos ciudadanos además habían dado muestras de su amor a la belleza en las costosas colecciones de obras de arte en todas sus variedades. Y en efecto, se reunió una colección de pinturas primorosamente ejecutadas y un extraordinario número de estatuas de todo género realizadas con el mayor esmero. Himílcar envió las piezas más valiosas a Cartago, entre las que figuraba el Toro de Fálaris, y el resto del despojo lo vendió como botín. Por lo que se refiere al Toro, aunque Timeo afirmó en su *Historia* que nunca había existido, la Fortuna lo ha refutado, pues unos doscientos sesenta años después de la toma de Agrigento, cuando Escipión entró a saco en Cartago, se lo devolvió a los agrigentinos, junto con las otras posesiones que aún estaban en manos de los cartagineses, y el Toro se hallaba aún en Agrigento cuando esta historia se escribió» (9).

Para dar cima a estos desmanes, Himílcar arrasó la ciudad, «y por lo que a los templos se refiere, si éstos no parecían bastante destruidos por el fuego, hizo trizas sus esculturas y cuanto estaba labrado con arte sobresaliente» (10). La expresión griega, *tas glyphàs kai tà peritotéros eirgasména periéköpsen*, podría aplicarse justamente al estado en que aparecen los despojos de Porcuna, fuese quien fuese el responsable de los mismos.

Análogo proceder que con los mejores tesoros artísticos de Agrigento, que envió a Cartago, observó después Himílcar en la toma de Gela. Aquí se apoderó de una estatua colosal de Apolo, un bronce que los de Gela habían instalado en las afueras de la ciudad, y la envió a Tiro, la metrópolis fenicia de Cartago, de donde fue devuelta casi dos siglos después al caer la ciudad en manos de Alejandro Magno.

La crónica de los sucesos ocurridos en la misma Sicilia unos años más tarde, especialmente en el 396 a. C., está colmada de atrocidades parejas a las descritas. En el ejército cartaginés militan muchos hispanos, enviados los unos por los aliados de los cartagineses (gaditanos y demás colonos fenicios de las costas de Cádiz, Málaga y Granada, libiofenicios de los establecimientos del interior y de la costa misma,

(9) Diod. XIII, 90.

(10) Idem, XIII, 108.

como Baria-Villaricos), reclutados los otros como mercenarios. El mismo general en jefe, Himilcon, uno de los dos sufetes de aquel año, se ha encargado de la operación del reclutamiento, tanto en Libia como en Iberia. Los cartagineses se cuidan además de que sus mercenarios lleven y manejen las armas que están acostumbrados a usar.

Empeñado ya en el asedio de Siracusa, Himilcon ocupa el suburbio de Achradine, situado a extramuros de la ciudad, y saquea los templos de Deméter y de Kore. Este acto de impiedad la acarrearán gravísimas consecuencias: el salir malparado de todos sus encuentros con las fuerzas de Dionisio de Viejo; la desmoralización de su ejército y el azote de la peste que lo diezmará. A éstos siguen otros reveses que impulsan a Himilcon al suicidio y a Cartago a desagraviar a las diosas por todos los medios: «Al principio se juntaban en grupos y en gran confusión e imploraban a la divinidad que depusiese su cólera; a continuación la ciudad entera fue presa de temor y miedo supersticioso, imaginando todos y cada uno su caída en la esclavitud. En consecuencia decidieron por todos los medios propiciar a los dioses contra los que habían pecado. Como ni Deméter ni Kore figuraban entre sus dioses, nombraron a sus ciudadanos más distinguidos sacerdotes de estas diosas y consagraron estatuas de ellas con la mayor solemnidad y practicaron sus ritos conforme al ritual de los griegos. También designaron a los griegos más destacados residentes entre ellos y los pusieron al servicio de las diosas» (11).

Entre los actos de barbarie imputados a Himilcon se contaba como especialmente grave el de la destrucción y demolición de casi todas las tumbas siracusanas del sector en que el cartaginés fortificó el campamento de su ejército. A ojos de los griegos, la profanación revestía una gravedad especial porque había comportado la destrucción de los suntuosos mausoleos que la ciudad había levantado a Gelón, el más querido de sus tiranos, vencedor de la batalla de Himera sobre los cartagineses, librada en el mismo año que la batalla de Salamina y reputada de no menos gloriosa que ésta para las armas griegas. Al lado del mausoleo de Gelón se hallaba el de su esposa Demarete, la bella y admirada consorte que dejó su efigie en las monedas más cotizadas de todas las acuñadas por los griegos, las llamadas en su honor *demareteia*. Ni que decir tiene que el monumento de Demarete fue tratado por Himilcon con la misma falta de respeto que el de su esposo.

Una vez más, la necesidad de materiales de construcción, ya dispuestos para su reutilización en una obra de urgencia, como era el muro de defensa del campamento, podría exculpar a Himilcon de la profanación de las tumbas, y de hecho Diodoro no se olvida de mencionar aquel atenuante (12).

Para que no parezca que los cartagineses tenían menos escrúpulos que los griegos a la hora de tratar a templos, tumbas y otros monumentos, cumple recordar el comportamiento de Dionisio el Viejo de Siracusa, unos años después de su lucha contra Himilcon, con el santuario etrusco de Pyrgi, famoso por las excavaciones

(11) Diod. XIV, 71.

(12) Diod. XIV, 63, 3.

de los años 1964 y 65 que exhumaron, entre otras cosas, un magnífico grupo de terracotas y las placas de oro con la dedicación del templo de Uni-Astarté:

«Necesitado de dinero, Dionisio zarpó hacia Etruria en son de guerra con sesenta trirremes. El pretexto era la supresión de los piratas, pero de hecho a lo que iba era a desvalijar un santo templo bien provisto de ricos exvotos, situado en el puerto de la ciudad etrusca de Agylle (Caere, la actual Cerveteri). El puerto se llamaba Pyrgi. Atracó de noche, desembarcó sus tropas y atacó al amanecer. Logró su objetivo, pues se impuso a la pequeña guarnición que estaba de guardia, saqueó el templo y reunió no menos de mil talentos. Cuando los hombres de Agylle acudieron en auxilio, los venció en combate, hizo muchos prisioneros, devastó su territorio y regresó a Siracusa. Del botín que vendió obtuvo no menos de quinientos talentos. Ahora que Dionisio estaba bien provisto de dinero, contrató una multitud de soldados de todos los países, y una vez reclutado aquel ejército de grandes proporciones, emprendió los preparativos para la guerra contra los cartagineses» (13). Ocurrían estos hechos en el año 384 a. C.

El ataque a Pyrgi, puerto de Agylle, se asemeja mucho a otro que tuvo por escenario la bahía de Cádiz en fecha incierta, pero tal vez no muy distante de la acabada de señalar. En este caso el objetivo del saqueo era el santuario de Hércules, situado en una de las islas gaditanas, y el atacante un rey Therón, de quien Macrobio afirma que era *rex Hispaniae citerioris* (14). Advertidos del peligro los marinos gaditanos, pusieron proa a la isla amenazada y consiguieron impedir aquel desmán prendiendo fuego a las regias naves. Es lástima que no sepamos de dónde era el rey Therón (Macrobio da a entender que lo sería de la costa levantina, pues tenía una escuadra y su sede estaba en la que más tarde sería la *Hispania citerior* de la Roma republicana), ni cuándo realizó su fallido intento. Lo cierto es que una acción como la de Dionisio podía tener por escenario la Península Ibérica. Y como esa, las otras acciones que en Sicilia encontramos bien documentadas, y aquí, en cambio, sólo se dejan vislumbrar por sus consecuencias.

(13) Diod. XV, 14, 3 y 4.

(14) Macrobi. *Sat.* 1, 20, 12.